

EL NIÑO CON LA BOCA MÁS MISTERIOSA DEL MUNDO

Daniel el Mochuelo, se resiste a abandonar la vida comunitaria de la pequeña villa para integrarse en el rebaño de la gran ciudad. La razón: su boca es tan misteriosa que su abuela contaba que una vez vio salir de ella un tren de cercanías. No quiere que nadie que no le haya visto ya, le vea. No quiere asustar a nadie.

A Dani no le gustaba ir al dentista nada. Y el dentista tampoco quería que Dani le visitara. Una vez, mientras le revisaba la boca salió de ella un mochuelo y casi le da un infarto. De ahí el sobrenombre. Toda la vida fue el Mochuelo.

Otra vez estaba cenando con su familia y al abrir la boca para llevarse un bocado, salió un perro de su boca que se comió su filete. Su hermana y su madre no dejaban de gritar y su padre, perplejo, se cayó para atrás con la silla. Descuido que el perro aprovechó para comerse también los filetes de todos los demás.

Desde pequeño el doctor le daba medicinas para que tomase, pero al hacer esto le salían más cosas de la boca. Le salió de todo: unas punteras de rítmica de su hermana, un calzoncillo con zurraspa de su padre, el pintalabios de su madre, un playmobil del caballero de la Orden de Malta, 3 Legos Ninjago y un Super Zing que le había regalado su amigo Dani.

Todo era muy misterioso y nadie podía explicarse por qué pasaba todo esto. Una vez hasta le salió un elefante de la boca, y la vecina de abajo, muy nerviosa, llamó a la policía diciendo que se había metido sin querer en la película Jumanji. La policía no le hizo caso y el elefante acabó en la biblioteca sacando un par de libros sobre historia antigua de Burgos.

Dani nunca viaja por este problema, pero lo que no sabe es que tiene fácil solución.

Sólo tiene que lavarse los dientes como Dios manda.

SEUDÓNIMO: TOFI

CATEGORÍA: JUVENIL

CORAZÓN CAMPESTRE.

Aquel sábado, me levanté antes de que amaneciera. Me vestí. Bajé las escaleras y mi padre me esperaba abajo con el coche arrancado. Fuimos al bar donde cada semana se reunían cazadores, aceituneros y campesinos.

- Un descafeinado ahora cuando puedas Luis -le pedí al joven camarero-
- ¿Otro sábado al campo? -dijo asombrado-
- Vamos a por otro -respondí con una sonrisa-

Tras la conversación el camarero nos tomamos lo pedido, pagamos y salimos del bar. Nos montamos en el coche. Pusimos rumbo a la finca que mis padres compraron hace poco más de un año. Fuimos a coger las almendras de los sesenta almendros que había. Aparcamos en la entrada, y allí se encontraba un anciano. Jamás lo había visto. Se encontraba allí observando la centena de vacas que teníamos.

- Buenos días -dijo mi padre entrecortado-
- Buenas. ¿Qué tal estáis?
- Ahí vamos, a por otro día en la oficina -contestó mi pariente sonriendo- Y usted, ¿cómo va?
- Bueno, mis hijos me han mandado a una residencia en la ciudad. Estoy despidiéndome del campo. De la madre naturaleza...
- Bueno, si no le importa voy al lío.
- Hasta otra.

Que facilidad tiene mi padre para relacionarse. Lo admiraba muchísimo en ese aspecto.

Poco a poco nos adentramos en la zona, hasta llegar a la parcela vallada en la que se situaban los almendros. Cinco largas horas nos llevó a cabo acabar con la cosecha. Nos disponíamos a salir y allí se encontraba el anciano. Se encontraba en la zona en la que se situaba los huertos. Realizaba una pequeña cesta de mimbre, cogiendo dicho material del camino.

- Veo que le gusta el campo. Por cierto, ¿cómo se llama?
- Daniel. Daniel el Mochuelo.

Daniel el Mochuelo, se resiste a abandonar la vida comunitaria de la pequeña villa para integrarse en el rebaño de la gran ciudad.

- ¿Quiere quedarse usted a vivir aquí? -propuse-
- ¿Aquí?
- Sí... Tenemos un cortijo en aquel cercado -dije señalando-
- ¿Seré una carga para usted?
- No. De hecho, me aliviarás. Cuidarás el huerto.

Desde aquel sábado, Daniel el Mochuelo nos cuida el huerto. Su vida estaba en el campo, y como el quiso, allí la acabó.

EL DUENDE SOÑADOR.

La vida en la pequeña villa

Daniel el Mochuelo, se resiste a abandonar la vida comunitaria de la pequeña villa para integrarse en el rebaño de la gran ciudad...ya que en el campo las tardes transcurren lenta y placenteramente, arrellanado en una confortable butaca de mimbre en el porche. Contemplas los atardeceres, una explosión de colores cálidos. Realizas largos paseos por los campos de trigo, sintiendo el ardiente sol brillar a tu espalda e inundarte de su calor. El hambre se convierte en tu reloj mas fiable, las flores y plantas en tus amigos y los baños en el lago en una constante diversión.

Sin embargo, la gran ciudad resultaba ciertamente asfixiante en comparación: nubes oscuras se cernían amenazadoramente sobre las cabezas de los transeúntes, que caminaban rápida y concentradamente, como si siempre se encontraran llegando tarde a una importante reunión de negocios. En este caso, la expresión "rebaño de la gran ciudad" resulta ser del todo apropiada. En aquel lugar, el sol no brillaba y las casi inexistentes florecillas carecían de color alguno, estando sus mustios pétalos tenidos de gris. Pasear no era agradable ni placentero, ya que lo único que contemplarían tus ojos serían tristes edificios de piedra, sin luz ni color algunos. Los pajarillos que a menudo se oyen trinar entre las copas de los árboles en la ciudad enmudecen, y la flora se reduce a hierbajos entre los adoquines.

No es de extrañar, por tanto, que Daniel el Mochuelo se resista a abandonar la tranquila villa, donde es bien sabido por todos que los niños se dedican a diversiones y juegos, sin obligación alguna. En cambio, en la ciudad siempre hay algo por hacer: compras, clases o tareas. Por eso se ansían las vacaciones en el campo: para descansar del rebaño de la gran ciudad.

Emma Jones [juvenil]

Presuntuoso

“Daniel el Mochuelo, se resiste a abandonar la vida comunitaria de la pequeña villa para integrarse en el rebaño de la gran ciudad...” Muchos le insisten en las ventajas de la capital, en las cosas que allí podrá ver y aprender, en las gentes que podrá conocer, en cómo podrá estudiar lo que quiera... pero Daniel el Mochuelo es testarudo: “No y no; lo mío es el campo, la naturaleza, los animalitos...”

En uno de sus continuos saltos, el saltamontes fue a caer en una charca. Sorprendido primero y luego francamente asustado, impulsaba sus patas traseras con toda la fuerza de que era capaz y agitaba su cuerpecillo violentamente. Todo era inútil; dentro del agua su esfuerzo era baldío, le faltaba el apoyo necesario para transmitir su impulso y salir de la charca.

Desesperado, se acordó entonces de Dios. No había rezado nunca, pero en ese momento, fruto de la imperiosa necesidad en que se encontraba, sintió la inspiración: ¡Dios mío, tú que has creado todo el universo, ayúdame a salir de este lago, no dejes que me ahogue!

Daniel el Mochuelo paseaba por el campo con su red cazamariposas; cuando vio al saltamontes patear en el agua, acercó la red a la superficie; inmediatamente el insecto se aferró a ella y, encontrándose en un apoyo firme, impulsó de nuevo sus patas traseras con todas sus fuerzas y en su salto desesperado fue a parar a tierra firme.

Cuando se vio a salvo después del susto y el esfuerzo, se paró, casi desmayado, a tomar resuello. Ya más tranquilo, miró entonces sus patas y lleno de orgullo exclamó: ¡Síiii! ¡Soy el número uno! ¡Qué salto! ¡Qué fuerza y qué agilidad! ¡No hay otro saltamontes como yo! Y siguió saltando por el campo convencido de su singular poder y su heroísmo.

Daniel el Mochuelo pudo escuchar el grito triunfal del saltamontes; quedó pensativo y después de meditar un rato, se dijo: “También así nos pasa a veces a los hombres, con frecuencia confundimos tanto la realidad, que nuestra presunción supera nuestra simpleza”.

“MAJUELO” (CATEGORÍA ADULTA)

EL SÍNDROME DE LA INFANTA

—Será porque somos primos— decía el marido.

—Pero terceros o cuartos, Mariano —contestaba la mujer—, más bien por las friegas que me diste antes de pasar por el altar, que al de arriba no se le engaña.

Y es que los dos hijos que había tenido el matrimonio más pudiente del pueblo eran tan cortos como el rabo de una boina, así que, con la esperanza de espabilar al que más luces aparentaba tener, decidieron mandarlo a la ciudad para ver si hacían carrera de él. Pero, hete aquí que pinchan en hueso y parece que, temeroso, el susodicho Daniel el Mochuelo, se resiste a abandonar la vida comunitaria de la pequeña villa para integrarse en el rebaño de la gran ciudad.

—Padre, por la gloria del abuelo, no me mande a la ciudad, que le roban a uno la sesera y luego no se acuerda de las cosas.

—Ande te habrás sacado semejante sandez, si todos los listos van allí a estudiar y vuelven con más títulos que el Real Madrid.

—Que no, padre, que no, que el domingo vi, bajando del autobús que precisamente viene de allí, de la capital, a la hija pequeña del Aurelio, la que se fue a servir a casa de unos ricos, y la chiquilla, sorprendida, no paró de preguntar, voz en grito, que qué arbolillos eran los chopos de la entrada, ¡como si no los hubiera visto nunca, padre! Pero lo peor fue cuando se cruzó con unas ovejas y, gritando aún más fuerte, dijo que vaya perros raros eran esos.

Oyéndoles el otro hermano, el que parecía menos iluminado de los dos, espetó con un sutil gesto de desesperación:

—No me seáis ignorantes, hombre, a esa lo que le pasa es que se le ha subido la tontería del progreso a la cabeza, sin más.

Sorprendidos ante semejante sentencia y sabiduría deductiva, proclamaron que sería él el que fuera a la ciudad, descubriendo, como aquel que no quiere la cosa, el “Síndrome de la Infanta”, famoso décadas después al verse que, entre dos infantas de un reino no muy lejano, la que se creía que era no lo era tanto y la que no era tanto...bueno, en realidad “no lo sé” y “no me acuerdo”.

La cucha dicotómica (adulta)

INDIFERENCIA

“Daniel el Mochuelo, se resiste a abandonar la vida comunitaria de la pequeña villa para integrarse en el rebaño de la gran ciudad”

El hecho de que su rechazo a la beca hubiese llegado a los titulares de Villa Cañaza era todo un motivo de orgullo para Daniel y la confirmación de que había tomado la decisión correcta.

Allí todo el mundo se conocía por el nombre y se saludaba como Dios manda, con apretón de manos y abrazo incluido. Pero poco a poco la pequeña villa se iba abriendo a las nuevas tendencias. Sin ir más lejos ese mismo día se organizaba la primera convención de fanáticos de los comics.

—¡Miren que todavía es temprano para el carnaval! — les dijo el chofer al ver a Mochuelo, Pity y el vasco disfrazados de superhéroes, recordándole a Mochuelo que esta no era la gran ciudad donde este tipo de cosas pasaban desapercibidas

Por la misma razón, se dio cuenta de que los dos hombres que se subieron al colectivo no eran del pueblo.

—Tranquilos, nos dan la plata y nos bajamos — dijo uno de ellos, arma en mano

—Es un error — respondió el vasco

—¿Qué dijiste Ironman??—

En ese mismo instante, escucharon una sirena de policía.

—Que a esta hora está el turco en la patrulla espionando a la Pelu, justo en esa esquina —

Quien lo iba a decir, el chofer decidió rebelarse y frenó el colectivo de golpe, haciendo que los delincuentes perdieran la estabilidad y cayeran al suelo. Se escuchó un disparo y el chofer cayó encima del volante mientras el colectivo reiniciaba la marcha.

Mochuelo lo corrió a un costado e intentó manejar, algo difícil con la máscara del hombre araña puesta.

Detrás de él, Ironman y Batman estaban a cachetazo limpio con los criminales. Se dio media vuelta, y la pelea fue lo último que vio antes de chocar contra la verdulería del boliviano.

“Superhéroes de una pequeña villa del interior detienen un asalto a un colectivo y rescatan a chofer diabético”

Mientras Mochuelo leía los titulares de los diarios de la capital y su teléfono no dejaba de sonar, se preguntó si algún día lo dejarían en paz.

A salvo en su querida Villa Cañaza, adonde no hacían tanta alharaca por este tipo de cosas.